

ble, salones y decorados extraños, pavimientos brillantes y como barnizados, resaltando en ellos, el color azul así como en los muros el rojo.

Pretenden sabios exploradores que aquellos admirados y estudiados edificios, debieron ser panteones á juzgar por el sitio donde se encuentran, por la soledad y tristeza que los rodea, corroborando eso mismo, el culto idolatra que los zapotecas rendían á sus difuntos, sacrificando cuanto poseían para los funerales y fiestas de aniversario. Es sin embargo insondable el origen, que deja sin solución los más importantes problemas históricos americanos.

Problemas son las ruínas de Mitla y la fundación de edificios que acusan civilizaciones antiquísimas, de mayores vuelos, que aquellas de los pueblos zapotecas, por más que no carecieran de condiciones artísticas ni se les niegue su adelanto arquitectónico.

En la diversidad de ruínas esparcidas por el Perú, obsérvese que los sillares están como en Mitla perfectamente ajustados, sin que el pico ni el cincel, hayan tenido aplicación; en la necrópolis de Silustani (Alto Perú,) en aquellos extraños sepulcros, no se empleó ni cemento ni argamasa, para unir y consolidar los grandes sillares y las piedras cuadradas.

Profundizando en la historia del imperio mexicano y de las naciones, que formaban el todo del vasto territorio destinado á teatro, á escenario de sucesos de magnitud excelsa, se abisma el ánimo en los contrastes que ofrece, tanto su organización política como la religiosa, no menos si consideramos sus condiciones características y la extraña amalgama en las costumbres y en las leyes, suaves y benignas unas, sabias muchas, crueles, sanguinarias, espantosas otras. Con la grandiosa altura de sus concepciones, anudábanse los espectáculos salvajes, las tristes bárbaras hecatombes y en consorcio estrecho, estaba infinitamente ligado todo lo mezquino y lo brutal. En las clases de la sociedad descollaba la originalísima anomalía y de haber sido más perfecta la civilización tal vez la conquista no hubiera logrado el triunfo sino á costa de mayores sacrificios.

La preocupación, la fe prestada por los indios á pronósti-

cos que se realizaron con la invasión de los españoles, fueron poderosos auxiliares para los europeos, no influyendo en poco el despotismo de Moctezuma, la animosidad que existía entre el imperio, la república de Tlaxcala y otros estados, que si bien sometidos, se sublevaban con frecuencia acechando el momento propicio para sacudir el yugo, contándose entre otros los totomacos, tribus que amaban la independencia cual ninguna, y que eran tan temerarios como valerosos. Como en muchas de las comarcas americanas, no es fácil determinar el origen de los totomacos que al parecer desde Teotihuacán, habían seguido con dirección á Oriente, acampando en las ásperas quebradas de la sierra madre, y por último en las orillas del Atlántico, donde se establecieron dividiéndose en familias y haciéndose respetar por su denuedo.

Eran los aztecas por extremo supersticiosos y concedían interés y valor á los detalles más insignificantes. El revoloteo de un pájaro; el esplendor de inesperado luminoso astro; el rayo; la tormenta; la huída de una liebre inofensiva; el graznido de aves nocturnas; prestábase á que los astrólogos, adivinos y hechiceros, presagiaran males sin cuento y sus casos de alta transcendencia.

Multiplicáronse los fenómenos y los anuncios funestos, en los últimos años que precedieron á la invasión y dominio, siendo uno de los más culminantes, la aparición de una gran estrella roja, que extendía por el firmamento larga y blanquísima cola. (1)

Terrible fué la impresión producida en Anahuac por aquel desconocido y misterioso astro, para el cual no encontraron interpretación los astrólogos consultados por el emperador Moctezuma.

No tuvo límites el furor del monarca, ante la ignorancia de aquellos, á quienes concedía el don de adivinar los más extraños arcanos del porvenir.

«Que mueran de hambre y de sed, dijo; enjaulados como fieras. Que se busque á todos los astrólogos y hechiceros del reino, y que sus casas sean saqueadas y quemadas por ha-

(1) Un cometa que se afirma fuera el que el sabio Arago señaló en su catálogo en 1514.

ber faltado á su deber de dar solución á las señales de los dioses y por el descuido de no avisar á su rey.»

La sentencia se ejecutó. Los adivinos de México, murieron de hambre y sed; en las jaulas y los de las provincias fueron arrastrados por las calles víctimas de Moctezuma Segundo. (1)

Los funestos augurios se multiplicaron y hubo uno que ejerció mayor influencia en el ánimo del rey: en su agitado espíritu surgió la idea de aplacar la cólera de los dioses y tal vez de conjurar los peligros profetizados, ofreciéndoles el gran tributo de sacrificios humanos, para lo cual hizo labrar con delicado esmero una piedra destinada al horrendo propósito y ordenando construir un puente sólido para conducirla á México el gran sacerdote y otros dignatarios, fueron delegados para custodiarla dando suma importancia al acto.

Hasta mediar el puente de Xoloco, había llegado la comitiva con la piedra colosal cuando crujieron las traviesas de madera, desquiciándose y arrastrando la enorme mole que se hundió en las aguas del lago con todos aquellos que eran sus conductores.

El pánico del emperador no tuvo límites y nobles y plebeyos, participaron de él, convencidos de que sus dioses les negaban su auxilio.

Coincidió tal suceso con fuertes sacudidas terrestres que hicieron vacilar la sólida construcción del templo mayor, que un rayo incendió poco después.

Esta serie de acontecimientos, explican los temores y las inquietudes de un pueblo fanático por extremo y que enlazaba con aquellos, las antiguas profecías y las recientes aciagas predicciones de los astrólogos, que exaltaban la imaginación y la predisponían para que más tarde se allanara en parte el camino para los conquistadores.

¿Y qué mucho pueden extrañarnos tales preocupaciones en aquella época y en pueblos, que si bien adelantadísimos en ciertos detalles, carecían de conocimientos profundos y de cultura, cuando por entonces no eran menores en Europa, las supersticiones, concediendo influencia á la buena ó mala

(1) Historia de las Indias de N. España por Fernández Ramírez.

estrella, á los horóscopos y apocándose el ánimo ante melé-vola persecución de brujas, duendes ó hechiceros?

El canto de la lechuza era traducido por los indios, como un mal presagio y creo, que aun hoy en algunos pueblos campesinos de Europa, inspira temerosa impresión.

¿No se hacen también pronósticos de guerras, de terremotos y de grandes calamidades universales cuando una aurora boreal ilumina el cielo, ó un cometa excita los estudios de los sabios y produce las alarmas en los espíritus vulgares?

Indudablemente, que hasta en la vida doméstica, en la paz del matrimonio y en la creación del hogar, ejercía su influjo, la superstición, pues no había de verificarse una boda sin que previamente el adivinador, no señalase el día propicio para celebrarla, y es de notar la exquisita moralidad que en la mujer casada sobresalía. El adulterio, era verdadero crimen y la ley lo castigaba con pena de muerte, así como el desprecio público y la ignominia, recaían sobre la joven soltera, deshonrada.

Las fatigas, el trabajo, el sustento de la esposa y de los hijos, eran deberes exclusivos en el hombre y para la mujer, todos aquellos que constituyen su misión en el hogar. La monogamia era ley y únicamente los reyes, quedaban exentos de ella, constituyendo de ese modo la sociedad y la vida de familia, tanto entre la nobleza como en la clase media ó del pueblo, en un terreno de severidad y pureza en las costumbres, que presentaban extraño contraste con las sangui-narias manifestaciones, base de sus principios religiosos.

Admiran sus doctrinas, en lo que se refiere á los deberes sociales y los preceptos que inculcaban en el corazón de los jóvenes. Verdaderamente eran un modelo perfecto para el ciudadano en todas las diversas circunstancias de la vida.

«Ama, respeta y sirve á tu padre y á tu madre; honra y saluda á los ancianos; consueta á los afligidos y á los pobres, no sólo con palabras sino con obras. Ama á tu prójimo, ama á todo el mundo. A nadie ofendas, ni con nadie riñas, ni te insolentes; cállate cuando hablen mal de ti y no hables mal de nadie. Cuando oigas una injuria, no vayas jamás á referirla al injuriado, no sea que por ti se maten dos hombres y caiga su muerte sobre tu conciencia. No seas altane-

ro; como no estés constituido en autoridad, no pretendas nunca sobreponerte ni á tus iguales...

»Sé continente; sé casto: los delitos manchan el corazón y enturbian el entendimiento...

»No busques más de una mujer y ni aun con ella te abandones desenfrenadamente á tus apetitos. Huye principalmente de las casadas: que va el adúltero á su deshonor cuando no á la muerte. No la mires, no te fijes en sus encantos: bastan los ojos para cometer adulterio...

»Sé en todos tus hábitos modesto y sobrio...

»Sé diligente: para hacer lo que debas no esperes á que se te pida segunda vez...»

El decálogo para la mujer, no era menos extenso y sus máximas, respondían á la moral más pura y severa que debe reinar en el hogar. Hubieron de admirarse los españoles, al encontrar en las indias, tal grado de pudorosa modestia y tan arraigado en el corazón, el sentimiento del deber.

No abrigo la pretensión de presentar al pueblo mejicano, exento de vicios, ni ajeno á los crímenes y abusos que las pasiones ó abyectas ideas, hacen cometer en todos los centros sociales, pero sí complace señalar que las costumbres eran relativamente y comparadas con las de los pueblos cultos, menos extraviadas y corrompidas, que lo fueron después de la conquista y al familiarizarse con los europeos.

El descubrimiento y la conquista de Anahuac, cambiaron la faz de aquellas tierras, donde la vida, ni carecía de atractivos, ni era ajena á cierto bienestar ni á comodidades, siendo las casas por lo general espaciosas, con extensas azóteas, convertidas algunas en risueños jardines, los que también embellecían los patios y por todas partes embalsamaban la atmósfera.

Aun hoy abundan en México las flores y no se ha extinguido el esmero para su cultivo entre los indios.

Había grandes mercados surtidos no sólo de lo más necesario para el sustento, sino también provistos de diferentes mercancías y á veces de objetos de oro, plata y pedrería.

Sus campos, sus huertos, eran verdaderos sitios de recreo, pues altas y espesas frondas, convidaban al solaz menguan-

do los ardores del sol y facilitando energías para el trabajo agricultor.

En las magnas calamidades públicas, veían el castigo de grandes errores cometidos, los que irritaban á los dioses, hasta que los horrendos sacrificios y las víctimas ofrecidas en holocausto, conseguían aplacar su enojo y atraerlos á su favor.

En tiempo de Moctezuma Segundo, había llegado México á su más alto grado de riqueza y de esplendor, precisamente, cuando aquellos hombres, temidos y anunciados, salían de Cuba, se acercaban á costas mejicanas y poco después invadían el territorio de Anahuac.

A grandes rasgos he dibujado la preponderancia, el grado de cultura y la situación política social del imperio azteca, en la época memorable de la conquista, y cercano á una tan radical transformación, que no sólo había de cambiar por completo la faz de aquellas comarcas, sino que fué también poderoso impulso en aquella actividad investigadora y colonizadora de España, iniciada ya por el inmortal Colón al descubrir un mundo oculto como dice Humboldt, millares de años.

Suceso único en la historia de los pueblos y gloria excelsa para la nación española.

Cuanhtemoc

Crepúsculo del imperio Azteca

Año 1523

Muerto Moctezuma Segundo, en la terrible noche del primero de Julio de 1520 de tan lúgubre memoria para los aztecas, no menos que para los españoles, ocupó el trono Cuitlahuatzin, hermano de aquel infortunado monarca y que alentado por el espíritu de patriotismo, intentó poner dique á la conquista preparando la capital para la defensa.

Este príncipe después de la alianza de Cortés con Tlaxcala, del triunfo en Cholula y de la instalación en Tezcuco del caudillo conquistador, había emitido su opinión en el consejo, para que los invasores fueran batidos en campo raso y que bajo ningún concepto, se debía permitir llegasen á entrar en la capital.

Moctezuma, era de contrario parecer y estaba de acuerdo con el de Cacama, que pretendía, acoger á Cortés sin demostrar temor por su llegada.

«—Quieran los dioses, señor—dijo Cuitlahuatzin,—que no metáis en vuestra casa quien os eche de ella y os quite el reino, y que cuando busquéis remedio, no lo halléis.»

Poco después, el bravo mejicano preso con Moctezuma, por Cortés, y libre por haberle delegado el monarca para ordenar se surtieran de nuevo víveres á los españoles, acaudilló á los defensores de la patria, siendo el principal factor contra los invasores europeos, en la histórica *Noche triste*, y ya pro-

clamado emperador, abrigó el levantado propósito de salvar la independencia del imperio. La muerte prematura paralizó los nobles planes y puso el cetro en las manos de Cuanhtemoc, el heroico y noble descendiente de Ahuitzotzin y último vástago de los tlaltelolcas.

Su nombre, coronado con la aureola de la gloria, estará esculpido perdurablemente, en el corazón de los mejicanos y en el santuario de los inmortales.

Fué el primero, el más culminante de los patriotas: insigne en el trono y más aun en el infortunio: prudente, digno y grande hasta en el camino del suplicio: intrépido y valeroso: fuerte para el sufrimiento, en el desastroso camino de Hibueras y figura que sobresale gigantesca en la lucha contra 260,000 hombres, y en la tenaz resistencia durante el asedio de Tenochtitlán.

Cuanhtemoc, había demostrado desde muy joven sus energías, sus rectos principios y el indomable arrojo que en breve había de poner á prueba. Al ceñir la corona de la gloria y del martirio, tenía veinticinco años, y si su vida había de ser corta, fué rica en heroísmos y en desventuras.

Era de arrogante presencia: los ojos negros y rasgados; la mirada dulce y á la vez enérgica; su cutis moreno pálido, no bronceado y el largo suave cabello negro que hasta los hombros caía, formaba hermoso marco al semblante juvenil, noble y franco.

Su coronación fué manantial de risueñas esperanzas y durante los días de júbilo y fiestas, olvidó aquel pueblo, que el poderoso enemigo se adelantaba para medir sus fuerzas con el nuevo soberano y para emprender lucha sin cuartel.

Prestan mayor brillo al heroísmo de Cuanhtemoc las circunstancias singulares en que se encontraba. No era el caudillo que abriga la esperanza de socorro. No era el valiente que sueña con la inmortalidad. No era el soberano que ve su juez en la historia.

Los que debieron ser sus naturales aliados, eran enemigos y prestaban sus fuerzas al invasor, unos por antiguos resentimientos, otros por humillar al Imperio y muchos porque independientes antes, habían sido sometidos por reyes aztecas, y veían salvadoras las tropas de Cortés.



CUAUHTEMOC

ÚLTIMO EMPERADOR AZTECA.—Año 1521

Todo acusaba desventaja para el arrojado monarca y todo lo arrostró con esfuerzo supremo, sin que tuviera el aliento de la posteridad, la cual le negarían los conquistadores: tampoco había de ser consignada su abnegación en monumentos de granito, ni en misteriosa indescifrable alegoría: su pueblo esclavo, sólo en el corazón guardaría su recuerdo.

Cuanhtemoc, tiene más alto relieve, por esa soledad, por ese aislamiento en que se encontró. Sus tenochcas fieles le secundaron, y ese postrero emperador azteca, ni flaqueó un instante, ni decayó de su altiva dignidad.

«Así queréis que sea, guardad mucho el maíz y bastimentos que tenemos y muramos todos peleando y desde aquí en adelante, ninguno sea osado á demandarme paces, sino yo le mataré. (1)

Tales frases dichas á su pueblo, son un retrato de cuerpo entero.

Memorable defensa, así califica el historiador Bandellier, la que sostuvieron los mejicanos contra un ejército de 200,000 hombres, durante setenta y cinco días; «no tiene igual» añade el mismo erudito escritor.

Ni por un momento abrigó vacilación, ni temor; su deber le señaló el camino y aun tal vez sin esperanza de conseguir el triunfo, sólo pensó en prepararse para la defensa, para atacar á la vez á sus enemigos y disputarles palmo á palmo, aquel suelo tan querido de la patria.

Hizo fabricar armas, entre éstas unas lanzas destinadas contra la caballería y sin punto de sosiego se irguió formidable, glorioso, ante los conquistadores.

Habilísimo capitán, atendió á cuanto pudiera contrarrestar los ataques.

Mejóro las fortificaciones, alentando á los suyos y dando ejemplo con su incansable actividad. Por su parte Hernán Cortés, hacía preparativos formidables para el sitio de la capital deseoso de rendirla en breve plazo y de tomar venganza de aquella funesta noche triste, de aquella salida de México tan desastrosa para los españoles. Los Tlaxcaltecas, los Tlaxcoales, los Xochimilcos y otros auxiliares indígenas, servían á

(1) Bernal Díaz.

Cortés y le prestaban poderoso auxilio para la destrucción de México. En su mayoría aquellos pueblos, eran tributarios del Imperio por la fuerza y el terror, pero anhelaban, acechaban la ocasión de vengarse. A semejanza de los árabes en España, su desunión fué el arma más poderosa y el auxiliar más propicio para Cortés.

El caudillo azteca, intentó oponer fuerza á la fuerza, y con energías y vigor dignas del triunfo, fortificó calles y plazas, abasteció la ciudad con víveres y abandonado por muchos de aquellos que debían engrosar las filas de su ejército, se entregó á la defensa resuelto á vencer ó á morir, siendo un ejemplo admirable y hermoso de arrojo temerario y de patriotismo singular.

Asombra é inspira respetuosa admiración la actitud de Cuanhtemoc. Aquellos hombres blancos vestidos de acero, con armas desconocidas, con caballos que inspiraban singular terror á los indígenas, no le arredraban al monarca, ni lo numeroso del ejército de doscientos mil hombres, ni el ver á la ciudad cercada por todas partes: no se abatió cuando los trece bergantines construídos en tierra firme, surcaron las aguas del lago de Texcoco, demostración del ingenio de Cortés y de la inquebrantable voluntad para dar cima á la atrevida empresa.

Era imposible para Cuanhtemoc, abrigar esperanzas de victoria, pero su patriotismo y su deber, le imponían la resistencia y la muerte.

El ejército sitiador vivía en continua alarma, pues de noche y de día, estaba expuesto á los ataques de los sitiados, y éstos en la oscuridad de la noche recibían frugales víveres que aumentaban los elementos para el sustento de la plaza. El emperador azteca, era de esos hombres que ante el peligro adquieren altura extraordinaria como aconteció en el ataque general dado por Cortés el domingo 9 de Julio de 1521; el joven héroe defensor de las libertades patrias se cubrió de gloria; en aquellas calles sembradas de cadáveres, empapadas en sangre, se batía como un león, siendo el primero entre los suyos en acudir á los sitios donde el combate era más recio.

Llegó Cortés á la plaza principal y aquellos tenochcas los

primeros soldados que defendían la independencia americana, se refugiaron en un *teocalli* y arrojados de él por los vencedores, reconcentraron sus fuerzas, volvieron á recobrar el templo y cargando sobre los enemigos persiguiéndolos sin tregua, les hicieron abandonar la ciudad apoderándose de un cañón que había diezmado sus filas; retrocedieron los españoles y si bien los aztecas, fueron victoriosos, no por eso se dió término á la jornada de aquel día memorable; al galope de los caballos penetraron dos jinetes en la ciudad, haciendo retroceder á los vencedores con la idea de que toda la caballería española caía sobre ellos; el combate se generalizó con más vigor que nunca y el terreno perdido fué reconquistado, no sin alardes de un valor indómito por parte de Cuanhtemoc y de sus leales méxicas; en la gran pirámide del *Teocalli* se batían los sacerdotes con denuedo, pero los tlaxcaltecas y los conquistadores escalaron las gradas y pasaron á cuchillo á los bravos defensores.

Todo el día se prolongó el combate; multitud de canoas repletas de combatientes invadieron los canales: eran los batallones de los Cuacuachiris que apoyados por los de la plaza, dieron una carga á los españoles, y Cortés, ordenó la retirada mientras que los esforzados defensores de la ciudad, disparaban flechas, piedras y saetas desde las azoteas sobre los sitiadores. Es indescriptible el tesón con que en los días sucesivos se repitieron los asaltos y la defensa denodada.

Cortés, hizo rellenar los fosos, cegar los canales de la suntuosa Venecia americana, y como Cuanhtemoc no desfallecía y todos los suyos esperaban el triunfo ó la muerte, resolvió la destrucción de la capital y el fuego y la devastación comenzaron su obra; allí en el hermoso lago de Tezcoco se habían dado los primeros pasos para el asedio: en el centro se destacaba un alto y escarpado cerro cuya cima estaba cubierta de indios preparados para la pelea y al fondear Cortés, muy cerca de aquel sitio, cayó sobre él una lluvia de flechas; no era posible surcar el lago ínterin los indígenas ocuparan el alto peñón y muy en breve escaló el conquistador la fragosa pendiente, se apoderó de la plataforma y pasó á cuchillo á sus enemigos. Quinientos acallis acudieron al socorro del cerro, pero Cortés, se reembarcó, aguardó á la flotilla y los

heróicos indios que la tripulaban encontraron tumba en el fondo de las aguas. No desdeñaba Cortés el valor de aquellos cuyo patriotismo les daba energía para la lucha desesperada; no se le ocultaba tampoco que el temerario soberano Azteca, estaba resuelto á alcanzar la victoria ó á perecer en la lucha, siéndole doblemente penoso que entre aquellos invasores peleasen multitud de tribus en contra de la patria y que fueran las más encarnizadas en la contienda; ¡cuánta amargura! ¡cuán grande el dolor que desgarraría su corazón viendo próxima la pérdida de Anahuac, cuya causa traicionaban sus propios hijos. Cuanhtemoc y los suyos defendían palmo á palmo las últimas trincheras del imperio Azteca; era el choque de dos empeños inquebrantables; era el combate sin cuartel entre dos razas; era la trágica epopeya de los más remotos tiempos de la antigüedad. Verdaderamente era tan grandioso el espectáculo como sublime y si se mira en Cortés, la fuerza de voluntad y el valor indomable y la hábil dirección para triunfar, en Cuanhtemoc, se respeta, se admira, se rinde tributo á su arrojo y patriotismo, al sacrificio de su personalidad en el altar de la patria.

Los aztecas, fueron victoriosos en varios encuentros sorprendiendo á los guerreros castellanos por la hábil dirección de la defensa de la cual Cuanhtemoc, era el caudillo. Ardieron los templos; se hundieron las casas; los cadáveres cubrían las calles; los víveres escaseaban; el hambre y la peste reinaban en la ciudad. Flotó la bandera blanca en los bergantines y Cortés, hizo proposiciones de paz. Cuauhtemoc, digno, altivo, sereno contestó: «Todos moriremos antes que entregarnos.»

Tenochtitlán, fué la Numancia del Nuevo Mundo, y sus heróicos defensores se hicieron inmortales entre aquel montón de escombros. La colosal figura de Cuauhtemoc, alcanzó mayor excelsitud que la de Cortés, y el esforzado guerrero azteca nada menguaba al lado del caudillo castellano, teniendo además la doble aureola de defender la libertad de su suelo patrio y de mandar á los denodados mejicanos. La heroicidad de Cuanhtemoc, llegó á lo sublime y muy justo es el tributo que hoy rinden á su memoria los hijos de Anahuac. Indiferente tal vez en apariencia vió Cuanhtemoc, arder los palacios de Axayacatl, asombro de los conquistadores por su extensión é

inmensa riqueza, las casas de recreo, los suntuosos edificios, las magnificencias que encerraban las regias moradas, todo en fin, lo que se hundía y desmoronaba con el imperio Azteca, pero aun Cuauhtemoc se erguía sobre los escombros. Peligrosa fué la emboscada en la cual cayeron Hernán Cortés y los suyos, preparada hábilmente por los tenochcas que ya combatían con la locura de la desesperación; por todas partes resonaba la gran tambora (1) del templo de Tlatelolco y al siniestro son del caracol de Cuauhtemoc, acudían los méxicas para batirse como leones; allí cargaron sobre los españoles luchando cuerpo á cuerpo con sin par demuedo y rodeando á Cortés, se apoderaron de él al grito de «¡Malinche! ¡Malinche!» nombre dado por los indios á Marina, la amada é intérprete de Cortés.

El fanatismo salvó al campeón de la conquista, pues deseando presentarlo como trofeo al Emperador y conducirlo más tarde al templo para sacrificarlo, dieron tiempo á que los castellanos acudieran en socorro de su caudillo. Todos los indígenas aliados y soldados expedicionarios, corrieron á salvarlo y tras ruda lucha lograron que sus enemigos abandonaran la presa, no sin que la batalla continuara más encarnizada que nunca; muchos fueron los prisioneros españoles sacrificados en los templos en honor de los dioses. Los aztecas obtuvieron una gran victoria, la cual, fué como una tregua durante algunos días.

No era hombre Cortés que desmayara por lo terrible de la pelea, ni por la derrota, y con nuevo ahinco y firmeza se reorganizó para combatir á pesar de que los triunfos obtenidos por los aztecas, habían causado la deserción de algunos de los aliados.

Una vez más hizo Cortés proposiciones de paz; una vez más fueron rechazadas, pues Cuauhtemoc en el consejo de notables, hizo ver el triste estado de la población, manifes-

(1) Este instrumento rendía un sonido aterrador. El gran sacerdote, tocaba la tambora sólo en momentos supremos y era imponente por su significado pues daba la señal de alarma al pueblo y era decirle: vencer ó morir.

Los españoles, á pesar de su despreocupación y superioridad, no podían sobreponerse al espanto que producía el sonido atronador que era un acicate para las masas, desencadenándolas como el más temible huracán.

tando sin embargo que él por sí estaba resuelto á no aceptar la rendición. Unánime fué el acuerdo de todos y en vez de contestar á las proposiciones de Cortés, se arrojaron sobre los campamentos y enardecidos por el caracol de Cuauhtemoc, intentaron castigar la osadía de sus enemigos, pero les fué adversa la suerte y peleando siempre con la energía que les prestaba el espectáculo de las casas incendiadas, de los edificios que se hundían bajo sus pies, y de los gemidos de sus hijos y mujeres, enterradas entre los escombros, continuaron con infatigable perseverancia, aun cuando la miseria era espantosa, no faltando niños y sus madres, que se presentaban en el campo español para no caer exánimes en las calles.

Las trincheras estaban invadidas por los españoles y el caudillo de la conquista, veía segura la rendición de la ciudad. No era posible sostenerse más y el bravo Cuauhtemoc pensó en la huida tal vez para rehacer sus huestes y atacar á los invasores. La batalla era general y el monarca intentó atravesar el lago en una rapidísima piragua: ya había ganado mucho terreno cuando el capitán Holguín que mandaba uno de los bergantines se fijó en la embarcación que hacía fuerza de remos y por el lujo de los ropajes y por su empeño en ganar la orilla opuesta, sospechó que en el *acalli* debía encontrarse Cuanhtemoc con su familia y fácilmente dió caza á la piragua y la abordó. El soberano azteca se puso en pie y con la dignidad propia de su carácter y de su rango dijo: «No tiren: soy el emperador de México y de esta tierra, y te ruego no toques á mi mujer ni á mis hijos ni á ninguna cosa de lo que aquí traigo, sino que me tomes á mí y me lleves á Malinche.»

No bien se encontró el desventurado monarca en presencia de Cortés, le dijo: «Señor Malincha, he cumplido con lo que estaba obligado en defensa de mi ciudad y de mis vasallos, no puedo más y pues vengo por fuerza y preso ante tu persona y poder, haz de mí lo que te plazca: toma luego este puñal, márame con él,» dijo poniendo la mano en la daga que Cortés llevaba al cinto.

El conquistador de México contestó con toda la hidalguía que le caracterizaba, tratando de dulcificar en parte, la te-

rible situación de Cuauhtemoc, de la reina y de los nobles que les acompañaban.

Tenochtitlan, había sucumbido después de un sitio de setenta y cinco días. El héroe legendario, el patriota sublime, el último emperador Azteca, fué más heróico aun en el tormento cuando se intentó obligarle á declarar donde estaban ocultos los tesoros; jamás rayó tan alto en su digna altivez: su rostro permaneció sereno mientras le quemaban los pies y las manos; á su lado agobiado por el dolor estaba el señor de Tlacopan, que imploraba gracia de su rey con la mirada y Cuanhtemoc, mirándole severamente le dijo: «¿Estoy yo en algún deleite ó baño?» El noble azteca, se resignó y fué víctima en el tormento.

Prisionero, triste y abrumado por el infortunio, vegetó el más insigne de los mejicanos desde el 13 de agosto de 1521, día de la toma de la ciudad, hasta 1525 cuando ya habíase reducido á pavesas el rico Imperio azteca.

Cuanhtemoc, el rey de Tacuba y otros nobles acompañaron á Cortés, en aquel peligroso viaje á Hibueras, cuajado de inmensas dificultades porque mal avenidos los indios con la nueva faz del imperio, habíanse sublevado en varios pueblos sosteniendo sangrientos y encarnizados combates. No se le ocultaba á Cortés, que el cautivo era adversario temible por su valor, por su prestigio, que no había decaído y por el respeto y entusiasta admiración que por él tenían sus vasallos; era más grande y poderoso en poder del conquistador, que en el trono ó en la batalla: además la grandiosa idea de redimir su patria y de devolverle su independencia, no podía ser extraña para el alma generosa y el esforzado corazón del emperador.

Cien soldados de infantería española, ciento de caballería y algunos más agregados con tres mil indios auxiliares, formaban el núcleo del ejército, y estos últimos con su ropón blanco de tela de Maguey, su cabeza adornada con plumas, habían de formar singular contraste con las cotas de algodón, las corazas de oro y plata, las capas de plumas ó de algodón sembradas como de rico aljofar por menudas conchas de purísimo nácar. ¡Singular relieve debía tener el cuadro

en aquella amalgama de escudos de bronce ó piel de cocodrilo, y las lanzas, las hondas y las mazas.

El ardiente sol mejicano había bronceado los semblantes de los conquistadores y algunos de marcial apostura, de noble porte, de típica belleza, resaltaban en el vistoso cuadro del ejército, participando de las marchas fatigosas y de los peligros de aquel viaje, el austero franciscano Fray Juan de Teco, y el docto mercenario Fray Juan de Varillas.

Verdaderamente, parecería fabuloso aquel trayecto por bosques nunca hollados, teniendo que cruzar torrentosos ríos sobre los cuales los indígenas sumisos á las órdenes de Cuauhtemoc, tendían puentes, internándose por desfiladeros y sendas para guiar los pasos de los expedicionarios. Al cruzar el río de Chilapa, fué preciso hacer construir balsas y ya vencido el paso, continuó el ejército su camino entre ciénagas en donde los caballos iban metidos en el lodo hasta las rodillas y á veces hasta el pecho; aquel viaje, es una de las páginas más hermosas en la vida de Cortés, por lo atrevido y peligroso.

Cuanhtemoc, era el más intrépido alentando á los indios con su ejemplo sin quejarse del cansancio ni de las dificultades: con el vigoroso temple y la resistencia de granito que había adquirido en su triste condición de prisionero.

¿Fué cierta la conspiración fraguada en Izancanac? ¿Fué el rey quien intentó realizar la idea? Reducidos á prisión el monarca, el rey de Tabuca y varios nobles, nada negaron en sus declaraciones. El soberano fué condenado á muerte así como el señor de Tacuba. El valeroso espíritu del emperador no decayó ni por un momento y al llegar al sitio de la ejecución dijo con voz firme: «Bien sabía yo capitán Malinche, que este era el fin á que me destinabas, ya que no me di la muerte por mi propia mano cuando te apoderaste de la capital. Dios te lo demande, cuando comparezcas delante de su recto tribunal.»

Ambos príncipes fueron colgados de las robustas ramas de un centenario ceibo. El mártir de la independencia de Anahuac, entró de lleno en el templo de la inmortalidad; la gran figura de la historia de México, sobresale hoy con todo

su prestigio y majestad. El Imperio quedó sometido al conquistador y la noble raza azteca dominada y sierva.

Algunas crónicas señalan la ejecución de Cuanhtemoc, en el carnaval de 1525, pero Herrera afirma, que fué en los principios de la cuaresma.

Cuauhtemoc, guerrero nobilísimo y mártir glorioso, cierra con broche de incalculable valor, la serie de los emperadores aztecas, legando á la posteridad un nombre inmortal y un recuerdo imperecedero.